

clui: «Floten las escuadras inglesas la anchura de los mares; empléense en los convoyes de su comercio; desde luego aquellas padecen y consumen, y las naves mercantiles no pueden frecuentar los viajes sueltos, que son los que utilizan con la repetición. Vayan armadores á la América; beneficiense totalmente de las presas; interrúmpanse sus importaciones y exportaciones; dure la guerra; aniquíense sus fondos, y compren caro el alivio de una paz, renunciando á las prepotencias y ventajas con que actualmente comercian, moderándose igualmente en la vanidad del dominio de las aguas (1).»

Por la guerra estaba también el general O'Reilly, que acababa de llegar de la Habana. Y ya con estos pareceres, ya con la confianza que Grimaldi tenía en que Choiseul haría que los ejércitos franceses se movieran en unión y de acuerdo con los españoles, desplegóse la mayor actividad en el equipo de las escuadras, en la preparacion y distribucion de las tropas, y otras medidas, que todas anunciaban la proximidad de un rompimiento, y el triunfo del sistema de Aranda. Llegó el caso de mandar el gobierno inglés al caballero Harris que se retirara de Madrid, como lo cumplió, aunque quedándose á corta distancia por motivos personales suyos, y á su vez el príncipe de Masserano recibió órdenes de España para que saliera de Londres, bien que autorizándole á proceder segun le indicara Choiseul. Y cuando ya Carlos III no aguardaba para declarar formalmente la guerra sino la noticia de que Luis XV estaba pronto á obrar de concierto con él, recibióse en Madrid la de la caída y destierro del ministro Choiseul y su reemplazo por el duque de Aiguillon, obra de la cortesana Dubarry, y á cuya intriga se supuso no haber sido extraña la Inglaterra.

Hé aquí la pintura que el embajador español en París, conde de Fuentes, hacia del estado de aquella corte: «La debilidad é insensibilidad de este soberano ha crecido hasta el mas alto punto, no haciéndole fuerza sino lo que sugiere su *metresa* (sic), ni oyendo á nadie sino á ella, y á los que ella consiente que se acerquen á su persona; ella y los que la rodean piensan bajamente y sin sombra de principios de honor.... Ella es quien ha forzado al rey, despues de seis meses de repugnancia, á nombrar para el ministerio de Negocios extranjeros á un hombre de tan perdida, ó al menos de tan dudosa reputacion en el reino como el duque de Eguillon (sic).... Mad. Du Barry es por fin quien influye generalmente, como dueña absoluta del ánimo del rey, en todos los negocios, y quien influye cada día mas, creciendo como crecerá la indolencia y debilidad del rey, y la insolencia de esta mujer.... Ha llegado á tal extremo el abandono del rey, que no falta quien tema que si cae con la edad en el extremo de la devocion, tome el partido de casarse con ella antes que abandonarla, y ya empieza á decirse que el matrimonio con Mr. Du Barry es nulo: he oido con dolor de mi corazon la especie de la posibilidad de este caso escandaloso, y citar el casamiento de madama de Scarron con Luis XIV. Antes de pasar adelante creo deber decir á V. E. que aunque hasta ahora no tenemos certidumbre de que los ingleses hayan corrompido con dinero á Mad. Du Barry, hay muy fundadas sospechas de que podrán ejecutarlo siempre que convenga.... Los ministros que hay y habrá en esta corte mientras el rey viva serán elegidos por Mad. Du Barry; lo mismo es de creer suceda con los generales, si por desgracia sobreviene una guerra.... etc.» Y sigue haciendo una detenida descripcion de todos los personajes de la corte (2).

Todo, pues, cambió de aspecto con esta novedad. La paz con Inglaterra habia sido la condicion con que el nuevo ministro de Francia habia sido elevado al poder, y Luis XV anunció á Carlos III este cambio en carta escrita de su puño con estas lacónicas y significativas palabras: *Mi ministro queria la guerra, yo no la quiero* (3). Pero el monarca francés olvidó en aquel momento que ni él ni su ministro estaban en liber-

(1) Informe del conde de Aranda de 16 de diciembre de 1770.

(2) Despacho del conde Fuentes al marqués de Grimaldi, en 24 de junio de 1771. Archivo del ministerio de Estado.—La comunicacion es interesante y sumamente curiosa, pero tan extensa que con sentimiento tenemos que renunciar á insertarla íntegra.

(3) Lord Rochefort á lord Grantham.

tad de querer la paz ó la guerra, cualquiera que fuese su particular opinion ó deseo, sino en obligacion de cumplir la cláusula 12.^a del Pacto de Familia, por la cual al solo requerimiento de una de las partes contratantes estaba la otra en el deber de suministrarle los auxilios á que se habia comprometido, *sin que bajo pretexto alguno pudiera eludir la mas pronta y perfecta ejecucion del empeño*. Puede fácilmente calcularse la impresion que haria en el ánimo de Carlos III, tan cumplidor de sus compromisos y tan consecuente en sus palabras, semejante declaracion, y tan extraño é injustificable proceder, así como la sensacion que produciria en el ministro Grimaldi ver de aquella manera burlada su confianza. Era evidente que España ni podia ni debia empeñarse ella sola en una lucha con la Gran Bretaña, y así la negociacion sobre el asunto de las Maluinas tomó de repente otro rumbo, ó por mejor decir, marchó hácia el desenlace que se habia podido pronosticar de la primera debilidad.

En 22 de enero de 1771 hacia el embajador español en Londres ante el gabinete británico la vergonzosa declaracion, «de que el comandante y los súbditos ingleses de la isla Falkland habian sido lanzados por la fuerza de Puerto-Egmont; que este acto de violencia habia sido del desagrado de S. M. Católica; que deseando remediar todo lo que pudiera alterar la paz y buena inteligencia entre ambas naciones, S. M. desaprobaba dicha empresa violenta, y se obligaba á dar órdenes prontas y terminantes para que en el citado Puerto-Egmont de la Gran Maluina volvieran las cosas al ser y estado que tenian antes del 10 de junio de 1770, si bien la restitucion de aquel puerto á S. M. Británica no debia ni podia afectar á la cuestion del derecho anterior de soberanía sobre las islas Maluinas.» Por su parte el rey Jorge III se dió con esta declaracion por satisfecho, como no podia menos de suceder, de la injuria que habia sufrido su corona. Dadas estas satisfacciones, se suspendieron los armamentos y se licenciaron las tropas por ambas partes. Lord Grantham fué nombrado embajador en Madrid; y Harris, que habia regresado ya á la corte, recibió el carácter de ministro plenipotenciario, en cuyo concepto salió luego de Madrid á dar, dice un historiador de su nacion, muestras de capacidad diplomática en Berlin, San Petersburgo y la Haya (4).

Tal fué el término y desenlace del ruidoso asunto de las Maluinas. Puerto-Egmont fué restituido á los ingleses, bien que mas tarde le abandonaron por costoso é inútil, no mereciendo ciertamente ser un motivo constante de descontento y disgusto por parte de España. El capitán general Buccarelli, el hombre cuya conducta fué desaprobada por el rey, despues de no haber hecho otra cosa que cumplir sus órdenes, fué nombrado gentil-hombre de cámara con ejercicio, como en desagravio, si este desagravio era posible, de habersele hecho la víctima sacrificada á una mala política. El desenlace de la cuestion no fué popular ni en España ni en Inglaterra, y el convenio estuvo muy lejos de acallar los celos y resentimientos que hacia tiempo existian entre ambas naciones. Francia faltó abiertamente á los compromisos del Pacto de Familia y públicamente se censuraba su conducta; y Grimaldi, el principal autor de aquel pacto, y el mas burlado en este desdichado negocio, fué también el que mas padeció en la opinion de los españoles, nunca muy satisfechos de él, ya por sus actos, ya por su calidad de extranjero.

Mas no obstante el mal éxito de este negocio, y á pesar de la impopularidad de Grimaldi, y de sus desavenencias con el conde de Aranda, ya por la diferencia de sus genios y caracteres, ya por su diversa manera de entender y tratar las cuestiones, el marqués de Grimaldi, hombre de voluntad mas flexible y de índole mas acomodaticia que el impetuoso, porfiado é independiente Aranda, supo conservarse mas tiempo en gracia de su soberano, parando aquellas desavenencias en triunfar el ministro de Estado del presidente del Consejo, y en alejarse Aranda de España dejando la presidencia de Castilla y pasando á desempeñar la embajada de París; de cuyo suceso y sus causas solo podemos hablar ahora incidentalmente, y

(4) Correspondencia de lord Malmesbury, lord Grantham y lord Rochefort.

como dato necesario para enlazar los demás acontecimientos exteriores que nos propusimos abarcar en este capítulo, y en que intervino Grimaldi como ministro de Estado.

Manteniase en este puesto y en la confianza del rey, cuando, trascurridos mas de otros dos años, hallóse Carlos III inesperadamente con una carta del emperador de Marruecos (19 de setiembre, 1773), en que le manifestaba que marroquíes y argelinos estaban acordes en no permitir que hubiese establecimientos cristianos en la costa africana desde Oran á Ceuta, y en su consecuencia estaban resueltos á atacar los que allí tenían los españoles, lo cual entendian que no era contrario á la paz de 1736, no obstante que en el primer artículo de aquel tratado se estipuló que la habria perpetua por mar y tierra entre ambos monarcas. Sobre ser extemporánea é injustificable la amenaza, y fuera de razon la interpretacion que el marroquí queria dar al tratado, pretendiendo que la paz se referia solo á los mares y no á las posesiones españolas del litoral, pasaron los moros á algunos actos de hostilidad contra Ceuta. A tales desacatos no quedaba al monarca español otra contestacion decorosa que dar que una formal declaracion de guerra, y esta se hizo al año siguiente (1774).

Entre las operaciones que los moros emprendieron fué notable el sitio y ataque de Melilla, dirigido por el mismo emperador, y con asistencia de dos de sus hijos, en cuyo nombre se presentó un bajá delante de la plaza pidiendo arrogante su rendicion (diciembre, 1774). Contestóle con firmeza el mariscal de campo don Juan Sherlock, comandante general de la plaza, y con esto comenzaron los mahometanos á bombardearla, trabajando al propio tiempo sus minadores. A auxiliar la guarnicion de Melilla fué enviado con una flota el capitán de navío de la real armada don Francisco Hidalgo Cisneros, que en efecto le prestó servicios importantes, obrando desde la ensenada de acuerdo y en combinacion con Sherlock. Los certeros tiros de los cristianos iban diezmando el ejército infiel, y obligaron al emperador á retirar á bastante distancia su tienda; y si bien las bombas de los moros (que hasta nueve mil se hace subir el número de las que arrojaron) hicieron también estrago en la guarnicion, el sitio se prolongaba sin ventaja mucho mas de los cuarenta dias en que el africano se habia propuesto rendir la plaza. Irritado con tal resistencia, anunció á sus tropas para el 12 de febrero (1775) un asalto general, que se propuso realizar con la estratagemas de enviar por delante cinco mil vacas con ciertas divisas que engañaran á los cristianos, y detrás un cuerpo de mil judíos que sufrieran los primeros los riesgos del ataque. Aun así pareció temeraria la empresa á los jefes musulmanes reunidos la víspera bajo la tienda imperial, y no se realizó.

No fueron de mas efecto los ataques intentados también por los berberiscos contra Alhucemas y el Peñon de Velez, oportunamente socorridos ambos puntos por naves españolas á cargo de los jefes Moreno, Riquelme y Barceló. Al fin, convencidos los moros de la inutilidad de sus tentativas, alzaron banderas de paz, presentándose un enviado del emperador al gobernador de Melilla con carta para el ministro de Estado (marzo, 1775), en que proponia se arreglaran amistosamente aquellas cuestiones entre ambos soberanos, y sintiendo el marroquí que se le acusara de infractor del tratado de paz. Se camente respondió el ministro Grimaldi, que su soberano no admitia avenencia en tanto que no se le dieran las mas completas seguridades para lo futuro. Por último se enviaron comisionados de una y otra parte para tratar de la paz, confesóse el emperador africano infractor de ella, y se ratificó de nuevo al tenor de los tratados existentes (1).

(1) Suplemento á la Gaceta de Madrid de 24 de enero de 1775.—Gacetas de febrero y marzo.—Suplemento á la de 4 de abril, en que se publicaron la carta del comisionado moro Hamet-Elgatel y la respuesta de Grimaldi. Al final de la suya decia el ministro español: «No volverá Su Majestad á envainar la espada sin que preceda la completa satisfaccion que exigen el decoro de su soberanía y el honor de las armas españolas; y finalmente que tampoco pudiera jamás el rey dar oidos á proposicion alguna sin que previa y formalmente se estableciesen tales seguridades que dejasen afianzadas para siempre al dominio español las estipulaciones sucesivas, precaviendo en términos solemnes toda infraccion ó interpretacion arbitraria....—Aranjuez á 31 de marzo de 1775.—B. L. M. de

La imparcialidad histórica nos obliga á confesar que fué el primero el gobierno español el que quebrantó muy pronto esta última estipulacion solemne, proyectando y preparando una expedicion considerable contra Argel, bien que con el laudable fin de acabar con los piratas que tenían su principal albergue en aquella plaza, centro de los Estados berberiscos, y también con objeto de vengar los pasados insultos de los moros. Como empresa fácil la pintó un religioso que habia residido allí muchos años; á cargo de Grimaldi corrió el prepararla, y el general O'Reilly se brindó á ejecutarla con veinte mil hombres de desembarco. Veintidos mil se le dieron; en el puerto de Cartagena se armó una escuadra de cuarenta y seis buques, entre ellos ocho navíos y otras tantas fragatas, al mando de don Pedro Gonzalez Castejon. Personajes de la primera nobleza se incorporaron á aquella expedicion, que parecia ofrecer las mas lisonjeras esperanzas de buen éxito. Zarpó la escuadra el 23 de junio (1775), y el 1.^o de julio fondeó en la gran bahía de Argel.

O'Reilly habia cifrado el buen suceso de su empresa en el siglo de la expedicion y en coger desprevenidos á los moros. Error injustificable, de que debió convencerse al encontrar coronado de campamentos berberiscos el espacio de cinco leguas y media desde la plaza hasta el cabo de Metafuz. Y decimos injustificable, porque lo era fiar el éxito de su plan exclusivamente en el secreto de una expedicion que no podia dejar de ser ruidosa. Así fué que los moros tuvieron noticias anticipadas de ella por la vía de Marsella y por la de Marruecos, y tiempo sobrado para prevenirse. La prudencia aconsejaba al general español retirarse al ver frustrado su plan de cogerlos desapercibidos; pero O'Reilly, despues de una semana de vacilaciones y perplejidades, resolvió llevar adelante la empresa, y dispuso el desembarco de la primera division de ocho mil hombres (8 de julio) á legua y media de Argel, entre la plaza y el rio Jarache. Sobre la dificultad inmensa de mover y conducir la artillería por una playa sumamente arenosa, cometieron las tropas españolas la indiscrecion de avanzar á las colinas que cubrian los moros, llenas de matorrales, cortaduras y caseríos. Dejaronlos estos aproximarse á las faldas, y entonces los unos desde sus parapetos, los otros desembocando por las cortaduras, cargaron sobre los españoles y los arrollaron, haciéndolos retroceder en desorden y con poca matanza á la orilla del mar. Allí, protegidos por la segunda division de otros ocho mil hombres que acababan de hacer su desembarco, y defendidos por trincheras de arena que de pronto pudieron levantar, resistieron algun tiempo á los enemigos; pero agobiados de cansancio y de calor nuestros soldados, sufriendo de todas partes un fuego horroroso y mortífero, entradas las trincheras por los alárabes, segadas al filo de sus alfanjes centenares de cabezas, algunas tan preciosas como la del marqués de la Romana, ambas divisiones se retiraron huyendo de mayor destrozo, del cual solo se libertó la caballería que no habia salido de las naves.

Fortuna fué que los moros se equivocaron, creyendo que las barcas que iban y venian á la playa á recoger los fugitivos y los heridos lo hacian para descargar mas artillería y mas gente; que á haberse apercibido del verdadero objeto, con pocos jinetes que hubieran cruzado sable en mano la playa, orilla del mar por cada lado de la trinchera, habrian completado el estrago, y como dice un escritor, testigo ocular del desastre, «no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia (2).» Murieron en la desastrosa jornada sobre mil quinientos hombres, y los buques recogieron cerca de tres mil soldados gravemente heridos. Algunos buques de guerra quedaron en la bahía de Argel para contener los cruceros enemigos; el resto de la escuadra volvió á las costas de España; la mayor parte de los bajeles arribaron á Cartagena y Alicante (15 de julio, 1775), siendo ellos mismos los portadores de la noticia de tan funesta derrota (3).

usted su mayor servidor.—El marqués de Grimaldi.—Señor Hamet-Elgatel.»

(2) Fernan Nuñez, Compendio, p. II.

(3) Gacetas de Madrid de 18 y de 25 de julio de 1775.—Mercurio histórico del mismo año.—Escribiéronse además varias relaciones, y hay un diario de la expedicion.

Este infortunio, que recordaba la desastrosa jornada de Carlos V á Argel en 1541, y las calamidades y estragos de nuestro ejército en aquellas mismas costas africanas, no podía disculparse como aquel con las borrascas y huracanes que hicieron malograr la empresa, ni ahora como entonces la contrariedad inevitable de los elementos podía inspirar ni consuelo ni resignación. Debida fué esta desgracia á una serie de impremeditaciones ó de ligerezas del general que se brindó á ejecutar la expedición. En Madrid y en las provincias produjo la infausta nueva una indignación general contra O'Reilly; y el parte oficial que este hizo insertar en la *Gaceta*, y en que intentaba atribuir la desventura del suceso al imprudente ardor y fogosidad de oficiales y soldados que no pudieron ser contenidos en el avance á las alturas moriscas, causó tal indignación á los oficiales de todas graduaciones, que para volver por su honor vulnerado, y para probar que no habían hecho sino obedecer á órdenes verbales y escritas de su jefe, emplearon tan fuertes razones y medios, que dejaron al general malparado, confuso y en completo desprestigio (1). Desatóronse contra O'Reilly los escritores de folletos, sátiras, poesías y papeles volantes, y por lo mismo que algunas de ellas no carecían de ingenio y de gracejo, eran otros tantos dardos que destrozaban la reputación del general, cuyas operaciones se desmenuzaban y ridiculizaban en los tales escritos (2). Todo esto movió á Carlos III á tomar la providencia de alejar por algún tiempo á O'Reilly de España, enviándole á reconocer las islas Chafarinas, si bien mas tarde, y pasadas estas impresiones, le confió el mando de Andalucía.

No menos abiertamente se pronunció la opinión pública contra el marqués de Grimaldi, pues propenso el pueblo, tiempo hacía ya, á culpar al ministro extranjero de las desgracias de la nación, no podía dejar de atribuirle ahora la catástrofe de Argel, acaso mas que al mismo general que había mandado las armas. De aquella disposición de los ánimos se previó el partido llamado aragonés, que desde París seguía capitaneando el conde de Aranda, para enardecer mas contra él las voluntades. Todos los papeles que salían contra la expedición iban á parar á sus manos, dirigíanle anónimos, aparecían diariamente pasquines, y mortificábanle de mil maneras. Dentro del gabinete contaba con poco ó ningún apoyo de sus compañeros: Muzquiz, sucesor de Esquilache no podía ser partidario suyo por las circunstancias y significación de su entrada en el ministerio: Roda era aragonés, y como tal mas afiliado á aquel partido que al llamado de los golillas, aunque él lo era de profesion: el conde de Riela, que había sucedido en el ministerio de la Guerra á don Juan Bautista Muniain (3), era hechura de Aranda; y los ministros de Indias y de Marina, don José de Galvez y el marqués de Castejon, que entraron á suceder al bailío Arriaga (4), tampoco tenían motivos para

(1) Cuéntase que una noche en el teatro de Alicante, como en el patio se pidiera á gritos, por unos que bailara una de las damas, por otros que cantara, oyóse entre el tumulto la voz de uno de los oficiales concurrentes que gritó: *Que se lea el capítulo de Madrid inserto en la Gaceta*. Esta chanzoneta produjo una hilaridad general en el público, y como la alusión era conocida acabó de poner de manifiesto la impopularidad de O'Reilly.

(2) El historiador de Carlos III señor Ferrer del Rio, nuestro contemporáneo, manifiesta poseer una colección de los papeles que en este sentido circularon en aquel tiempo. Cita los títulos y hace el extracto del contenido de algunos de ellos, y copia las siguientes estrofas de una de las letrillas:

Que por fin todo se errase,
Que la función se perdiere,
Que la gente pereciera,
Porque Dios lo quiso así,
Eso sí.

Pero querer persuadirnos
En cada error un acierto,
Que no han muerto los que han muerto,
Y que miente quien lo vió,
Eso no.

(3) Falleció Muniain el 14 de enero de 1772, á la edad de 72 años.

(4) Había muerto frey don Julian de Arriaga el 26 de enero de 1775, también á los 75 años cumplidos: él y Muniain habían nacido con el siglo. Los negocios de este antiguo ministro de Marina se repartieron entre Galvez y Castejon, formando dos ministerios como otras veces.

ponerse al lado de Grimaldi. Éranle adversos hasta el príncipe y princesa de Asturias, á los cuales instigaba en este sentido don Ramon de Pignatelli, canónigo de Zaragoza, é hijo del conde de Fuentes, del partido aragonés, como lo era don José Nicolás de Azara, y como lo eran otros varios personajes de mas ó menos influencia y valía.

Faltábale igualmente en el gabinete francés el grande apoyo que en otro tiempo tuvo en el duque de Choiseul, á cuyo influjo debió su elevación y el valimiento con el rey. Grandes novedades habían ocurrido recientemente en aquella corte. Luis XV había muerto el 10 de marzo de 1774 sucediéndole en el trono su nieto el joven Luis XVI. Creyóse al principio, y así lo esperó Grimaldi, en la reposición de su amigo y protector Choiseul en el ministerio por influjo de la nueva reina, que era austriaca, y Choiseul había sido el autor de la alianza del Austria. Mas todos estos cálculos se vieron pronto desvanecidos. El joven monarca buscó para ministros personas que profesaban principios anti-austriacos, no obstante el afecto que profesaba á la reina, y sacó del destierro para ponerle al frente del gobierno al anciano Maurepas, víctima de la Pompadour, y confió el ministerio de Estado al conde de Vergennes, enemigo personal de Choiseul. Con decir que se conservaba en la embajada de París el conde de Aranda, antagonista de Grimaldi, harto claro se ve que carecía este de todo apoyo en la corte de Versalles, mientras en la de Madrid sus compañeros no le eran adictos, el pueblo le era contrario, y solo le sostenía el favor del rey, hallándose ya en el caso que en otro tiempo el marqués de Esquilache.

Las novedades de Francia anunciaban un cambio en el horizonte político. Luis XVI, si bien joven é inexperto, y sin la capacidad y energía necesarias para remediar inveterados abusos y efectuar una mudanza importante en el gobierno y la constitución del país, mostraba las mas sanas intenciones y deseos, y de contado parecía haber acabado los reinados de las cortesanas y mancebas. Tampoco parecía fundar, como su antecesor, el interés de la política exterior en el Pacto de Familia, que había sido la base del encumbramiento de Grimaldi. De estas circunstancias se aprovechaba Portugal, para suscitar cuestiones á España, oyendo las instigaciones de Inglaterra, y á que daban fácilmente ocasion las eternas disputas sobre límites de sus respectivas colonias de la América del Sur. Acusábanse mutuamente ambos gobiernos de agresiones en sus territorios y posesiones, y los actos hostiles de este género entre los gobernadores de Buenos-Aires y del Brasil avivaron la ojeriza con que el marqués de Pombal había de antiguo mirado al de Grimaldi. De modo que ni en la corte de España ni en las extranjeras veía ya este ministro sino personas dispuestas á contribuir á su caída, ó cuando menos á congratularse de ella.

Convencido estaba él mismo de que no podía ya permanecer mucho tiempo en el ministerio, y si bien en el principio aparentó recibir con cierta serenidad tantas contrariedades, fué de día en día perdiendo vigor y cayendo de ánimo; en términos que era ya él mismo el mas resuelto á retirarse, y solo por condescendencia á los deseos de su soberano permanecía al frente de los negocios, no sin renovar á menudo las instancias para que le relevase de un cargo que se le hacía ya harto penoso, y ciertamente con fundamento; porque hasta el príncipe de Asturias, que había debido á Grimaldi el que su padre le diera entrada en los consejos de gabinete (en verdad con la esperanza de parte del ministro de disminuir por este medio su responsabilidad y el odio con que el pueblo le miraba), en todas las deliberaciones se mostraba opuesto á Grimaldi, contribuyendo así á su mayor daño una medida que calculó le había de ser de gran provecho. Por último, una cuestión nacida en una corporación al parecer de suyo inofensiva y ajena á la política, fué la que apresuró la caída del antiguo ministro de Carlos III. Vacante la secretaría de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, proveyóla Grimaldi como ministro de Estado y protector de la Academia, sin propuesta de la corporación; dióse esta por ofendida y vulnerada en sus derechos, no obstante haber recaído el nombramiento en persona tan ilustrada y digna como don Antonio Ponz, y surgieron de aquí contestaciones desagradables entre

el ministro y la Academia, de que se aprovecharon muchos personajes para atizar la discordia poniéndose del lado de la Academia en odio al ministro. Y este disgusto, que Grimaldi hubiera sobrellevado y vencido fácilmente en tiempos de mas vigor, le afectó tanto en el estado de abatimiento en que se encontraba, que redoblando resueltamente sus anteriores instancias al rey, logró al fin que Carlos le admitiera la renuncia, si bien consignando en ella lo muy satisfecho que quedaba de sus servicios, y nombrándole, para honrarle, su embajador en Roma (1).

Tuvo además Grimaldi en su caída la satisfacción de burlar las esperanzas de sus adversarios, logrando que le reemplazara en el ministerio uno de sus mas protegidos y amigos, á saber, el conde de Floridablanca, que al efecto dejaba la embajada de Roma que él iba á desempeñar. Quiso también el rey que continuara el ministro dimisionario al frente de los negocios de Estado hasta la llegada de su sucesor, que por cierto se difirió todavía bastantes meses, á causa de haberse detenido en la corte de Nápoles. Luego que llegó Floridablanca, y despues de haberle acompañado Grimaldi al primer consejo de gabinete, despidióse de una corte en que había hecho por diez y siete años el papel de primer ministro: el rey le despidió con nuevas demostraciones de estimación y aprecio, y por último, despues de haber salido recompensó su mérito y sus servicios otorgándole la grandeza de España con título de duque para sí y sus herederos, cuya noticia le fué enviada por un correo extraordinario que le alcanzó en Medina del Campo, donde había ido á pasar unos dias con su antiguo amigo el marqués de la Ensenada, que como hemos dicho en otro lugar, vivía allí retirado.

Con la salida de Grimaldi se verificó lo que hacía mas de veintidos años que no se veía en España, y por lo tanto se miró como una cosa extraña y singular, á saber, que todos los ministros que quedaron eran españoles: rara vez había sucedido desde el principio del siglo.

Epoca fué esta de mudanzas notables en el personal de los gobiernos que estaban mas en relacion y contacto. Acabamos de ver las que hubo en los gabinetes de Francia y España. En Nápoles los desarreglos y desórdenes de aquel palacio, la disipación y los caprichos de aquellos reyes, los paseos nocturnos con innobles disfraces desdorosos de la majestad, los bailes, juegos y cabalgatas, los enredos de criados inferiores y gente baladí, las influencias de damas disolutas, y otras fealdades que obligaron á Carlos III á reprendre muchas veces al rey su hijo, y á María Teresa de Austria á reconvenir á la reina su hija, ocasionaron grandes amarguras al marqués de Tanucci, y produjeron la salida de aquel antiguo ministro (1776), que lo había sido ya de Carlos III, cuando fué rey de las Dos Sicilias, que cuando vino á España le trasmitió como su herencia á su hijo Fernando, y á quien ahora, aun despues de caído, continuó dispensándole la misma confianza de siempre y consultándole en los negocios y casos mas importantes y difíciles (2).

Al propio tiempo poco mas ó menos ocurrió en Portugal haber sido acometido el rey José I del ataque de apoplejía que le dejó sin habla y concluyó por llevarle al sepulcro (4 de febrero, 1777). La reina María Ana Victoria su esposa, hermana de Carlos III de España y señora de muy altas prendas, y que durante la enfermedad del rey gobernaba el reino, aprovechó aquella ocasion para deshacerse del célebre ministro Pombal, el cual no tardó en salir como desterrado para sus posesiones, llevando tras sí el odio del pueblo y la execración de la nobleza portuguesa, contra la cual se había cruelmente ensangrentado, y que no sin razon le miró por largos años como su desapiadado verdugo. Sobraba también justicia á la reina para aborrecer á Pombal, porque este ministro, además de las cualidades personales que le hacían odioso, concibió el proyecto de excluir las hembras de la sucesión á la corona, logró el consentimiento del rey, y tenía ya preparada el acta de renuncia de la princesa su hija que había de transmitir la

(1) Armona, Noticias privadas de casa, P. III.

(2) Consérvase larga correspondencia sobre esto entre Carlos III, Tanucci y Losada.

herencia del trono al príncipe del Brasil su nieto. Pero descubierto á tiempo el secreto, y declarando Carlos III de España su resolución de sostener con la fuerza los derechos de su sobrina, conjuróse la trama, y á la muerte de José heredó la princesa sin oposición el trono.

Diremos algo, en beneficio del orden y de la claridad histórica, y como complemento de los acontecimientos exteriores, objeto de la narración de este capítulo, de cómo influyó la caída de Pombal en el arreglo de la grave cuestión pendiente entre Portugal y España. Empeñado aquel ministro en extender los límites portugueses en las colonias del Nuevo Mundo, asunto de inveterada disputa entre las dos naciones, había, sin declaración de guerra, enviado una escuadra con nueve regimientos y gran tren de artillería á Rio Grande, la cual derrotó una división española de Buenos-Aires y se apoderó de varios fuertes. España por su parte acercó tropas á la frontera de Portugal, envió refuerzos á América, y notificó á Francia haber llegado el caso de prestarle el apoyo estipulado en el Pacto de Familia. Portugal acudió á Inglaterra; mas en tanto que se discutía este negocio entre las potencias que habían de ser como mediadoras, del puerto de Cádiz se daba á la vela (noviembre, 1776) con dirección á los establecimientos portugueses del Nuevo Mundo una escuadra española de doce buques de guerra á cargo del marqués de Casa-Tilly, con nueve mil hombres de desembarco al mando de don Pedro Ceballos, antiguo gobernador y capitán general de Buenos-Aires. El principal punto de ataque era la isla de Santa Catalina en las costas del Brasil, importante por su proximidad á Rio Janeiro. Los portugueses, que hubieran podido defender fácilmente la entrada del puerto, porque tenían para ello naves y fuerzas sobradas, y las costas eran de difícil acceso, abandonaron cobardemente la fortaleza de Santa Cruz, y se retiraron á lo interior del país perseguidos por los españoles, porque su escuadra también huyó precipitadamente. El resultado de esta extraña conducta fué quedar todas sus tropas prisioneras de los españoles, apoderarse estos de la isla, dirigirse despues al rio de la Plata, y ocupar la colonia del Sacramento, objeto de las interminables discordias, con otras varias islas y establecimientos portugueses situados en aquellas partes.

Ocurrió en esto la muerte de José I y la destitución del ministro Pombal, lo cual unido al agradecimiento de la nueva soberana á Carlos III su tío por el apoyo que le había prestado en el asunto de la sucesión, necesariamente había de producir un cambio en las relaciones de ambas potencias. En efecto, se convino inmediatamente en una tregua, y se entró en negociaciones bajo los mas favorables auspicios. La corte de Lisboa, desesperanzada de recibir auxilios de Inglaterra, conoció su debilidad; y Carlos III, contento con la recuperación del territorio que había sido siempre la manzana de la discordia entre las dos naciones, accedió á celebrar un tratado de límites que sobre aquella base arreglase definitivamente los puntos que motivaban las antiguas desavenencias. Este tratado se firmó en San Ildefonso (1.º de octubre, 1777) por el nuevo ministro de Estado español y el plenipotenciario portugués. Por él cedía Portugal á España la colonia del Sacramento, y con ella la navegación del rio de la Plata, del Paraguay y Paraná; para el arreglo de límites entre el Brasil y el Paraguay cedía España una parte del territorio en la Laguna Grande y Mairin que antes había reclamado; y para la designación de los que se habían de fijar entre el Brasil y el Perú cedió también España una vasta porción de territorio al sudeste del Perú, que formaba la mayor parte del país de las Amazonas, devolvía también la isla de Santa Catalina, y Portugal renunciaba al derecho que alegaba tener á las islas Filipinas por la línea divisoria de la famosa bula de Alejandro VI (3). Y por último este tratado fué la base de otra mas estrecha alianza que se estipuló despues (24 de marzo, 1778), y en que no solo se ajustó una union comercial y política entre ambas naciones, sino que se formó otra especie de pacto ó convenio de familia, por el que se declaraba, que tanto en la paz como en la guerra se considerarían Portugal y España

(3) Colección de Tratados.—Beccatini, Vida de Carlos III.—Silva, Historia de Portugal, tomo III.